

CARTA DEL OBISPO

EL VALOR DEL TESTIMONIO DE LA FE

+Vicente Jiménez Zamora
Obispo de Santander

“*Son muchos los frentes y muy gastada está la cristiandad*”. Esta afirmación de San Juan de Ávila (1499-1569), el Apóstol de Andalucía, tiene máxima actualidad. Hoy, en ocasiones, la Iglesia se ve interpelada o amenazada por la autosuficiencia del tiempo moderno que trae consigo el *secularismo* y el *laicismo*, intentando secar las raíces cristianas de nuestro pueblo. Por otra parte, este “*humus cultural*” descristianizador ha entrado en algunos sectores pastorales y el mismo sacerdote es llevado con frecuencia a la “picota” en los Medios de Comunicación Social.

A esta situación, conocida y compartida por todos, solamente podremos hacer frente con una vida cristiana renovada. Urge profundizar cada día más en la verdadera experiencia de Dios y en el *testimonio de la fe*.

“El mundo moderno exige y espera de nosotros sencillez de vida, espíritu de oración, caridad para con todos, especialmente para los pequeños y los pobres, obediencia y humildad, desapego de sí mismos y renuncia. Sin esta marca de santidad, nuestra palabra difícilmente abrirá brecha en el corazón de los hombres de este tiempo. Corre el riesgo de hacerse vana e infecunda” (Pablo VI, EN, 76).

La doctrina se transmite por la enseñanza. El comportamiento moral se transmite a través del ejemplo. La experiencia de fe se trasmite por la vía del testimonio. Por esto, “*la sangre de los mártires* (supremos testigos) *es semilla de cristianos*” (Tertuliano).

La fuerza especial del testimonio de nuestra fe no radica en el testigo, que es una criatura frágil y pecadora, sino en la fuerza de Dios. El valor del testimonio consiste en que el testigo compromete su persona misma y la ofrece como garantía de su fidelidad a Dios del que da testimonio.

El testigo individual tiene su dignidad y su función en la relación entre personas. Pero el sujeto propio del testimonio público es la comunidad. Cuando una comunidad reconoce a Jesucristo como su único Señor, ora con perseverancia, vive fraternalmente cuidando de manera especial a sus miembros débiles, practica el servicio y anuncia su fe sin complejos, planta en medio de la sociedad un reclamo interpelador. Se convierte en “*comunidad de contraste*” (G. Lohfink), que genera una sana extrañeza en los espíritus más sensibles. Se transforma en “comunidad alternativa” que muestra que es posible vivir de otra manera en la sociedad. Se hace comunidad profética en el doble sentido de la expresión: *denuncia* las inhumanidades del mundo y *anuncia* un mundo nuevo, diferente, mejor, más humano y más conforme al corazón de Dios. La comunidad se convierte en signo del Reino de Dios.